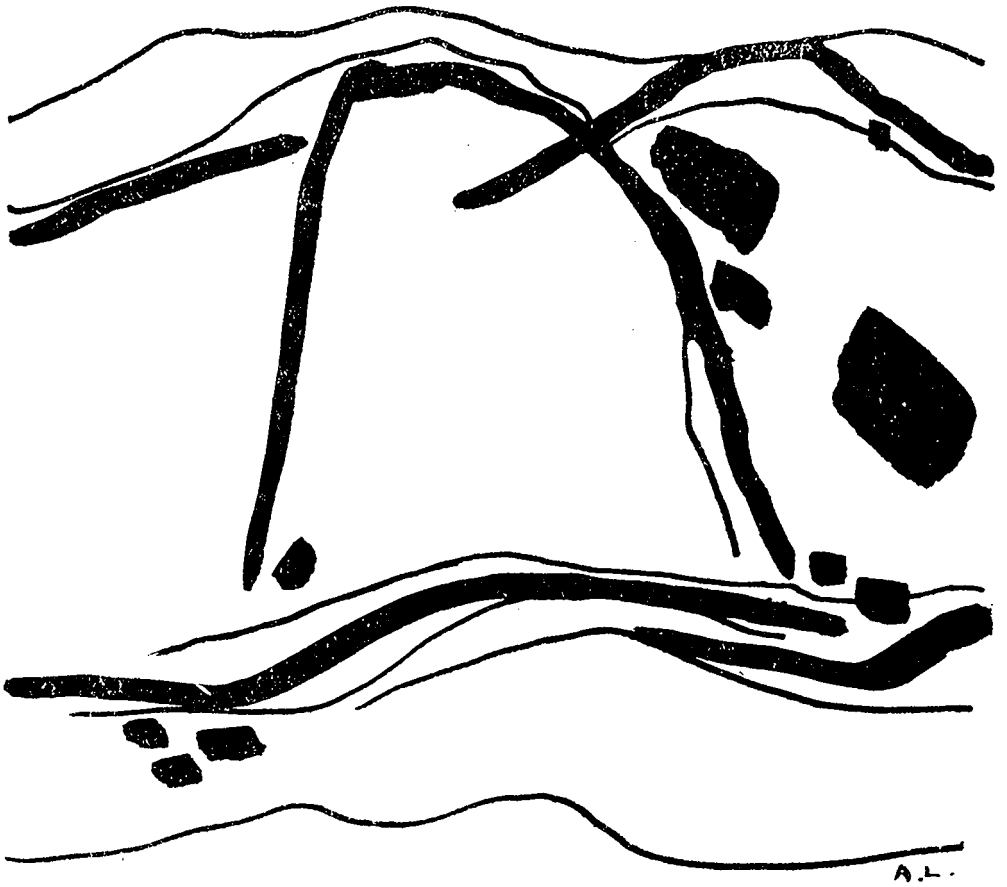

BRUJULA DE ACTUALIDAD

EL MES DIPLOMATICO: EL ENGAÑO DEL DESARME

Desde hace varias semanas, la Conferencia de desarme reúne en Londres a los representantes de las principales grandes potencias, incluso la Unión Soviética. Si la prensa ha hablado poco de ello, es que por vez primera, desde la terminación de la segunda guerra mundial, el diálogo internacional tiene lugar completamente a puerta cerrada. Pues, como se ha declarado, se quiere intentar trabajar y no hacer demagogia.

Esta observación en sí contiene una de las críticas más acerbas a nuestro acercamiento diplomático contemporáneo. Es sin duda fácil y popular repetir el *slogan* lanzado por el Presidente Wilson, diciendo que en la era democrática hay que terminar con la diplomacia secreta. Es cierto que esta práctica conduce a un constante callejón sin salida en las discusiones internacionales.

Se hubiera podido, en rigor, imaginar a la diplomacia en la plaza pública en los tiempos de los regímenes absolutos. Obrando más o menos independientemente de la opinión pública, éstos habrían podido resistir a la presión referente a la publicidad. Pero en la hora actual, en que muchos Gobiernos viven de una elección a la otra, la diplomacia a golpes de comunicados de prensa es una verdadera calamidad. Quien dice diplomacia dice negociación. Quien dice negociación dice compromiso o, por lo menos, esfuerzos para llegar a una solución aceptable por mutuas concesiones. Esta necesidad, desgraciadamente, no puede ser comprendida más que por una minoría. Las grandes masas, que, preocupadas de la busca ansiosa del pan de cada día, carecen de tiempo para estudiar una situación internacional, cada vez más compleja aun para el observador profesional, no ven las relaciones mundiales más que en el sentido de una extrema simplificación. Necesitan *slogans* en blanco y negro. Un lado será por necesidad completamente malo; el otro, la perfección misma.

Sin embargo, una tal visión excluye las posibilidades de negociaciones. En cuanto se describe al adversario o al contrincante como el símbolo del mal, la población se sublevará instintivamente ante la perspectiva de un compromiso. Es el temor de una reacción de esta clase el que nos llevó al absurdo de la "Rendición sin condiciones" durante la segunda guerra mundial. Fué también esto una de las causas determinantes de los fracasos sucesivos de todas las Conferencias internacionales.

La Unión Soviética, por otra parte, ha sabido utilizar admi-

rablemente esta debilidad del mundo libre. Insistiendo continuamente sobre negociaciones públicas, es relativamente fácil para los dirigentes de Moscú arrastrar los debates a callejones sin salida sin llevar ante las masas la completa responsabilidad.

En efecto, Rusia no desea de ninguna manera llegar a acuerdos que pudieran establecer una paz duradera. País cuyo ideal es y sigue siendo la revolución mundial, es decir, la conquista y la unificación del globo bajo la autoridad exclusiva del Kremlin, no puede más que aprovecharse de un mundo desorganizado y en desorden. Si la misión de Harry Hopkins en Moscú, en 1941, dió carta blanca a Stalin por la duración de la guerra, la aceptación por el Occidente de la táctica más favorable a la U. R. S. S. en las negociaciones que debían seguir permitió a los rusos consolidar y acrecer sus ganancias.

Ha sido en este año cuando los occidentales se dieron cuenta, finalmente, de todos los inconvenientes que representaba para ellos la negociación pública. Comprendieron, por fin, que Rusia, con su prensa amordazada, puede omitir lo que no le agrada. Al mismo tiempo, la prensa libre del Occidente se transforma en plataforma de propaganda comunista, puesto que da una amplia publicidad a todo lo que se dice en todas las Conferencias internacionales.

Estas razones llevaron, pues, a las potencias atlánticas a insistir sobre el secreto de los debates en la Conferencia del desarme. Y los rusos, que querían la publicidad de esta negociación para llegar, si fuera posible, a retrasar la ratificación de los Acuerdos de París, aceptaron finalmente este deseo de los occidentales.

Ha sido, pues, a puerta cerrada como se reunieron los diplomáticos. Y si de cuando en cuando algunas indiscreciones nos proporcionan indicaciones sobre la marcha de los debates, éstas no han dado lugar hasta ahora a ninguna sorpresa importante, pues el callejón sin salida era fácilmente previsible, por razones múltiples.

En efecto, empezar una Conferencia de desarme en plena crisis política es adelantarse a los acontecimientos. El sentido común indica que no se desarma nadie en la hora del peligro. Si hay bandidos en el país, los ciudadanos no pensarán en abandonar sus medios de defensa. Y es sabido que tan sólo en las regiones tranquilas y sin crímenes pueden estar las casas sin cerrojos. Es, pues, poco lógico querer hablar de desarme antes de resolver por lo menos algunos de los problemas internacionales. Verdaderamente raros fueron los momentos de la historia en los que la atmósfera fuera menos propicia a tales debates que en los principios de 1955.

Pero, además de estas condiciones psicológicas, el balance mismo

de los armamentos no favorece mucho unos acercamientos generosos.

En efecto, el bloque comunista goza de una superioridad incontestable en número de soldados y en todos los medios de guerra clásica, tales como armas de infantería y de artillería y probablemente también de artefactos blindados. Por el contrario, los occidentales dominan los mares y son los más fuertes en el aire. Finalmente, en el terreno, tan importante, de las armas nucleares, las potencias de la N. A. T. O. tienen un considerable adelanto. Este, sin embargo, no es tan decisivo como en las flotas marítimas y aéreas. También Rusia ha hecho progresos espectaculares y parece continuar sus esfuerzos sobrehumanos para alcanzar a sus rivales. Si en la hora actual parece muy distanciada, es también cierto que en este terreno tan nuevo se pueden siempre concebir sorpresas debidas a un golpe de genio. Y como los hombres de ciencia del bloque soviético no son inferiores a sus colegas del mundo libre, Rusia puede siempre tener una esperanza.

Esta situación explica la actitud de las potencias. Puesto que la tensión política persiste, no se puede aceptar un desarme más que si éste lleva a la debilitación del adversario. Como no puede existir una verdadera voluntad de desarme, cualquier discusión sobre la reducción de los efectivos de guerra no conducirá más que a determinados intentos para reducir la potencia militar del rival, allí donde posea una superioridad importante, y conservar intacta la suya propia.

Así, si hacemos caso a las indiscreciones de ciertos diplomáticos en Londres, el plan soviético sometido a la Conferencia intenta mantener el nivel actual y consolidar la actual situación en las armas clásicas. Intenta también anular el efecto de los Acuerdos de París, puesto que un *statu quo* impediría armarse a la Alemania Occidental, manteniendo en cambio las fuerzas de la Alemania del Este, que Rusia ha puesto en pie desde 1950. Se trata, pues, de una tentativa para asegurar el predominio soviético actual de una manera permanente.

Por el contrario, los occidentales intentan reducir los efectivos de los ejércitos de tierra. Según el plan americano, las fuerzas de Rusia, de los Estados Unidos y de la China comunista estarían limitadas cada una a 1.500.000 hombres, mientras que Gran Bretaña y Francia tendrían cada una 750.000 soldados. Esto establecería un equilibrio de los ejércitos de tierra, y significaría de hecho una importante reducción del margen de superioridad soviético.

Sin embargo, prácticamente, sólo se trata de escaramuzas y de combates de vanguardia. Hablando de los ejércitos de tierra o mar,

cada cual piensa en realidad, ante todo, en las armas nucleares y termonucleares. Es sólo esta cuestión la que juega en todo el desarme, y es ahí, por otra parte, donde se demuestra lo ilusorio de las negociaciones actuales.

En efecto, en la cuestión atómica nos encontramos de lleno en un callejón sin salida, Sin duda, la prensa nos habla siempre de las llamadas "concesiones" que el difunto Vichinsky hizo en el otoño último, cuando las discusiones en las Naciones Unidas. No se dice nunca, por otra parte, lo que son estas "concesiones". Sin embargo, quien lea los discursos pronunciados por el representante ruso sabrá que no se trata en realidad de nada. Antiguamente, la U. R. S. S. había tomado la posición de no participar en discusiones atómicas, si éstas no estaban precedidas de una prohibición general e incondicional de las armas nucleares y termonucleares. Vichinsky renunció a esta condición previa, arbitraria. Nada más. La "concesión" se reduce, pues, simplemente, al hecho de que la U. R. S. S. estuviera dispuesta a discutir. En cuanto al fondo del asunto, nada, absolutamente nada, ha cambiado.

Las posiciones siguen siendo las mismas. El plan atómico ruso prevé la destrucción inmediata de todas las superarmas y la prohibición absoluta de fabricar nuevas armas. Hasta aquí todo es loable. Pero después de esta declaración de principio, Rusia se opone terminantemente a cualquier inspección internacional sobre su territorio. Quiere, pues, controlar por sí misma su propio desarme atómico. Los americanos, por otra parte, están preparados para aceptar la prohibición de todas las armas de destrucción en masa y para renunciar a su fabricación, a condición, sin embargo, de que todas las partes interesadas acepten una inspección internacional de este desarme, según las modalidades contenidas en el plan Barruch. Este prevé que el control se haga bajo la autoridad de las Naciones Unidas, y que, en este caso especial, el derecho de veto no pueda tener lugar. En otros términos, la inspección deberá ser universal, absoluta, y nadie podrá sustraerse a ella.

El hecho de que los soviets rehusen aceptar el plan Barruch prueba sus ulteriores intenciones. Pues bajo el plan soviético, si América, país libre y pacífico, se desarmara, Rusia podría fácilmente escapar gracias al control rígido que se ejerce en todos los movimientos de personas y de noticias. Así, Rusia podría continuar armándose tranquilamente hasta el día elegido por ella para entrar en acción. Esta cuestión del desarme atómico, considerada objetivamente, contradice a los que, a imitación de los rusos, hablan sin cesar de la "diplomacia atómica" de los Estados Unidos.

El observador imparcial, estudiando las dos actitudes, llegará por sí mismo a la conclusión que se impone.

Esta diferencia fundamental y hasta insuperable nos demuestra que sobre esta cuestión vital para todos nosotros las probabilidades de éxito están reducidas al mínimo, es decir, lo serían ya bajo condiciones políticas favorables. Lo son todavía más en la hora actual, cuando las tensiones internacionales dan muy poca esperanza para un acuerdo de las potencias.

No hay que sorprenderse, pues, si la Conferencia de Londres no conduce a nada. Sin duda, se puede prever que las potencias acabarán en un aplazamiento y no en una ruptura. Pero es todo lo que se puede esperar. En esto mismo, aun los comunicados optimistas no pueden engañarnos. Por lo menos no hay que dar a las cosas más tinte de tragedia que el que tienen en realidad. Pues si la Conferencia no es un éxito, su fin no significará tampoco un empeoramiento de la situación; no será más que la comprobación de un estado de hecho, desde ahora innegable. Este callejón sin salida indica, por otra parte, a las naciones libres el camino que deben seguir. Puesto que la U. R. S. S. no quiere un desarme honrado, demuestra con ello sus intenciones de conquista militar. Contra este peligro no hay más que un remedio: ser más poderoso que el agresor eventual, y, además, combinar esta fuerza con paciencia y sangre fría. Una diplomacia apoyada por medios efectivos, pero determinada a asegurar la paz dentro de un verdadero sistema de seguridad, es el único remedio eficaz para hacer frente al peligro que representa una potencia totalitaria que quiere imponer su filosofía atea al mundo.

OTTO DE AUSTRIA-HUNGRÍA

ARTE Y PREHISTORIA

Las convenciones de la vida intelectual conspiran muchas veces a encasillar temas científicos y tareas humanas con criterios de una mísera comodidad. Nada más falazmente obvio, por ejemplo, que considerar la Prehistoria como un coto ajeno a los intereses de un estudioso con prestigio en otras disciplinas intelectuales, sobre todo en provincias como las del arte moderno y modernísimo. Y es que se tiende, acaso inconscientemente, a convertir al creador científi-

co en prisionero de su obra ya hecha, como si no fuera ante todo su autor.

La reciente gran obra de Camón Aznar sobre *Las artes y los pueblos de España primitiva* (Edit. Espasa-Calpe, Madrid, 1954) contiene en sí misma gran número de novedades que habrán de nutrir largamente la reflexión sobre el arte y la vida prehistórica en el marco peninsular ibérico. Ya esto es un notable mérito: suscitar cuestiones, revisar criterios, replantear problemas y aventurar nuevas soluciones—tal hace Camón a lo largo de las casi mil páginas del libro—. no es lo menos valioso que se puede traer a una ciencia, sobre todo a ciencias tan *in fieri* como la Prehistoria, y tan poco merecedoras, por ello, de una excesiva escolastización.

Pero no es sólo que este libro ofrezca novedades capaces de fertilizar los estudios prehistóricos: es que él mismo es ya insólita novedad en el sentido antes apuntado, por representar la incursión científica de un gran estudioso del arte moderno en el arte antiquísimo.

Por esta vez, sin embargo, las vestales de la especialización no deberán escandalizarse: ante todo porque Camón Aznar, veterano profesor de arqueología, muestra moverse por sus dominios con el más consciente desembarazo. Mas también por otra razón previa, que quizá pueda parecer sutil, pero que en nuestra opinión es fundamental: la simple razón de que en el fondo lo más parecido al arte prehistórico es el arte contemporáneo, cuya exégesis y estudio cuenta a Camón entre sus más agudos y militantes intérpretes. Lo más representativo del arte actual, desde el expresionismo hasta la abstración, tiene en la prehistoria ibérica el más asombroso paralelo tipológico con pinturas como las levantinas y las esquemáticas, o con las insculturas y decoraciones cerámicas; y tampoco por azar un grupo artístico refinadamente moderno se cobija y autodefine bajo el nombre de Escuela de Altamira.

Pues bien: acaecía que todo aquel arte español, cronológicamente remoto, pero espiritualmente modernísimo, apenas había recibido la visita intelectual de estudiosos con experiencias de la sensibilidad artística moderna; esto es, de una sensibilidad que empalma, por encima de los milenios, con las expresiones instintivas del artista prehistórico. Camón Aznar ha sido entre nosotros ese primer visitante. Hay que leer en este libro suyo la exégesis de aquellos arcaicos y actuales monumentos de humanidad artística para apreciar cuánto añade a la visión arqueológica un mirar saturado de humanismo, de anímica sintonía y de familiaridad estética con el arte de aquellos hombres y épocas en tensión. Y uno

piensa si para captar ciertos mensajes de la más profunda antigüedad no será condición indispensable levantar las antenas hacia las costas de la más alta modernidad.

Pero este libro de Camón aspira a algo más que a comentar el arte prehistórico. Significa una reconstrucción personalísima y casi total de los esquemas habituales, desde los cronológicos hasta los clasificatorios. Especial fuerza convincente tiene, a nuestro parecer, su consideración del Paleolítico inferior como la etapa más quieta e inalterada del quehacer humano, sumida en una persistencia—como dice Camón—casi biológica, impertérrita a la sucesión temporal: una etapa a la que habría acaso que llamar, siguiendo la pauta de otras novedosas rotulaciones del autor, Anhistoria más bien que Prehistoria.

Por lo demás, llamará la atención en esta reconstrucción de la vida paleolítica la negativa a aceptar que la talla de la piedra sea lo que defina las época. A Camón no se le oculta que prescindiendo de ese criterio arroja un poco por la borda el asidero más amado por los arqueólogos, el más tradicionalmente sólido y, tantas veces, el único positivo. Pero es que una íntima prevención frente a todo positivismo orienta la tarea de Camón. Con una reacción bastante deliberada y extrema, él ha enarbolado en las vastas regiones de la Prehistoria una bandera idealista. Este es, a nuestro entender, uno de los rasgos que define su actitud, y este gesto suyo inerva las muchas posturas originales de Camón ante cuestiones históricas, cuya mera enumeración podría ocupar varias páginas en una recensión con pretensiones de exhaustiva.

Más concretamente, este idealismo tiende a erigir muchas veces en hilo conductor del acontecer prehistórico (sobre todo a partir del período que él llama Calpense, iniciado hacia el 140.000) el mundo de ideas, sobre todo de tipo religioso, que hubieron de presidir la vida prehistórica. En este sentido la interpretación de la pintura franco-cantábrica, como debida a la magia de propiciación (exégesis plenamente satisfactoria), es prolongada por Camón a diversos momentos de dicho arte, cuya perfección realista resultaría graduada precisamente desde una voluntad de perfección mágica.

Y en esta tendencia a centrar los diversos momentos culturales en otras tantas actitudes ideales—magia en las etapas ibero-aquitana y altamirense, religión de lo espectral y funerario en la pintura levantina, culto a los muertos en las esquemáticas, etc.—, tendencia justificada muchas veces por el carácter de los monumentos, no deja de bordear Camón otras veces los riesgos de la hipótesis

audaz. Riesgos asumidos por él con una intrépida conciencia de que la función del quehacer histórico es buscar a todo trance íntimas coherencias, por muy incoherentes y saltuarios que sean sus vestigios. Con tal de aclarar hasta el máximo los numerosos enigmas humanos de la Prehistoria, Camón Aznar ha preferido, pues, renunciar a una infalibilidad asequible a fuerza de inhibiciones de juicio y de elusiones cautas.

Una gran cosecha de novedades y de perspectivas inéditas aporta así el autor a la investigación, que de ahora en adelante se verá obligada a acudir a la cita polémica planteada por Camón en múltiples terrenos. Hay ciertos momentos de la ciencia en los que se echa de menos a un animador. Camón lo es con este libro en el ámbito de la Prehistoria española. Después de él va a ser menos fácil seguir aferrándose a no pocas nociones, criterios e interpretaciones, que a fuerza de transmitirse endémicamente de libro en libro habían logrado una subrepticia autoridad. Será difícil, por citar sólo un ejemplo, seguir creyendo en la desmesurada duración del arte del Paleolítico superior como un arte que durase cuarenta mil años: desde las leyes de la creación artística, Camón arguye, con plena razón, que no hay tensión creadora capaz de mantenerse imperturbable durante tan dilatado cauce temporal.

En resumen, cabe decir que esta obra vertebra con denuedo el movedizo panorama centimilenario de la Prehistoria ibérica, cuyos *disiecta membra* son de por sí tan rebeldes a una organización coherente. Si, como es obvio, tal organización no resultaba exenta de un alto coeficiente de riesgo, hay que decir también que muchos de los frutos obtenidos evidencian como fecunda la ardua empresa renovadora. No es el menor de ellos el de haber proporcionado al lector estudioso una visión armónica y total del pasado peninsular hasta la época romana, elaborada con una amplitud de miras e incluso de extensión muy superior a la de los libros semejantes.

Tampoco es olvidable, en este libro indefectiblemente sugeridor, la fascinación de esa prosa tan peculiar de Camón, henchida por el soplo de no sé qué anfibias musas del saber científico y del encanto verbal. Sutiles musas, tan propicias a Camón Aznar como ausentes de los folios arqueológicos. Hay páginas en este libro que cabría elegir sin vacilación para confeccionar una antología de la inspiración historiográfica: el lector que quiera verificar este juicio abra el libro por capítulos como los que analizan, por ejemplo, el sentido plástico de los pintores altamirenses, o el trémulo impresionismo de los cazadores levantinos, o la religiosidad que llamea en esas oferente de los bronces ibéricos.

Más de ochocientas ilustraciones hacen de este volumen un Corpus antológico del arte español anterior a lo romano. Raras son hoy en Europa las editoriales, privadas u oficiales, capaces de estampar libros de tanta prestancia como este de la Espasa-Calpe. Todo sumado, a esta obra de José Camón Aznar le está reservado un destino que sólo alcanzan los libros de talla nada común y de trascendencia singular.

ÁNGEL ÁLVAREZ DE MIRANDA

LA NOVELA DE 1954: *A FABLE* (UNA LEYENDA), DE WILLIAM FAULKNER

A Fable, la obra de Faulkner que hemos visto aparecer en 1954, después de una elaboración de nueve años, quedará probablemente a la vez como un fracaso y como uno de los hitos capitales de la novelística de este siglo. Para empezar considerando el libro dentro de la producción de William Faulkner, es evidente que *A Fable* marca un cambio en el designio creativo, aunque no en los medios inmediatos y estilísticos; Faulkner aquí ha querido hacer la novela grande, por extensión y por tema, con alcance simbólico y profundidad total, representativa de algo que importa para toda la Humanidad. No lo ha logrado más que a medias, pero su intención hará época: el mejor novelista de nuestros años ha prescindido de la seguridad de un tema limitado y realista, una *tranche de vie* para lanzarse a la invención de una gran fábula poética, con todos los peligros que para él suponía y en los que a veces parece que se ha complacido malignamente en ahondar y exagerar. Tal vez Faulkner no podrá hacer nunca esa "obra mayor" que ahora ha dejado entrever: su don poético e hipnótico está contrapesado por una irrefrenable desmesura arbitraria, que le tienta a romper siempre por algún lado la coherencia interna de sus relatos (incluso contra el punto de vista alucinado en que nos sitúa desde el arranque). Pero es significativo que Faulkner haya querido superar un evidente desequilibrio que solía haber en sus obras entre el tema de la narración y la riqueza sugestiva con que se desarrollaban momento por momento: en algunos casos teníamos una verdadera sensación de desperdicio ante la maestría poética con que se nos imponían ciertas escenas de una acción total relativamente baladí, pequeña

al lado de la atmósfera de genuino *pathos* trágico que podía bañar un libro entero sin llegar a transfigurar el argumento. No sólo sirve de ejemplo para esta afirmación el célebre *Santuario*, sino incluso alguna novela de construcción más "clásica" del relato, como *Intruso en el polvo*, donde, aun tratándose de uno de los más visibles logros faulknerianos, se tiene la sensación de una distancia y un alejamiento entre la enérgica inmediatez del relato y la línea general de la peripecia. Se podría decir, paradójicamente, que Faulkner, a pesar de la radical novedad de su narrativa, seguía siendo, por lo que toca a su mundo y sus argumentos, un novelista análogo a un Balzac o a un Galdós: un novelista de costumbres locales, regionales, cuyos relatos se benefician del plus de interés general que les confiere el aparecer como muestra y representaciones de todo un mundillo preciso. (Es sabido que Faulkner ha dibujado un mapa del imaginario condado de Yoknapatahwa, escenario de gran parte de sus libros, indicando los respectivos lugares donde se deben situar.)

Esto ha terminado con *A Fable*. El tema elegido para tal cambio probablemente condenaba a Faulkner a inevitable fracaso: se trata de una curiosa actualización de la Pasión de Jesucristo en el ambiente de la guerra europea de 1914-18. Pero esto es así y no es así: ni por un momento se haga ilusiones el pío lector de que se trata simplemente de volver a contar la narración evangélica con trajes de hoy; esta clave sirve para poco porque queda desplazada y sumergida por otros significados, simbolismos y contenidos narrativos, sin que al final podamos estar seguros de nada. Esto y las ya habituales dificultades faulknerianas de falta de explicaciones, la total sumersión en la imagen de cada instante y, en oleadas intermitentes, su curiosa verborrea personal, desatada, ebria, salpicada de metáforas y conceptos totalmente literarios, hacen que *A Fable* bata quizá el *record* de la dificultad de lectura. Confieso que las 437 páginas de este libro me han costado mucho más tiempo—y muchísimo más fósforo, por supuesto—que los dos millares de páginas de *Guerra y paz*, de Tolstoi, aunque también he de decir que mi imposibilidad de abandonar definitivamente su lectura era tan imperiosa como en el delicioso clásico ruso. Hasta ahora el *Ulises* de Joyce solía valer como término de comparación en la dificultad; pero después de *A Fable* resulta de una claridad casi banal. Habrá que tomar desde ahora *Finnegan's Wake* como "punto de ebullición" en nuestra escala.

En *A Fable*, para seguir con la materia argumental, hay, en primer lugar, que descartar algunas intercalaciones que no tienen

absolutamente nada que ver con el libro: sobre todo, la historia del ladrón de caballos—desde la página 151 hasta la 189—, que, en efecto, se había publicado antes en revista como unidad independiente. Después hay personajes—como el predicador negro—que permanecen siempre misteriosos, inútiles. Y, por fin, el núcleo central de la historia sufre en las últimas páginas una banalización alegórica que no habríamos creído posible entre las varias sorpresas que Faulkner siempre depara.

El punto de arranque de la peripecia es el específico amotinamiento de un regimiento francés que se niega a continuar la guerra. El cabecilla del plante resulta ser un misterioso cabo, de procedencia geográfica de algún país mediterráneo-oriental, ayudado por un pelotón de doce hombres. Un rayo de luz parece delinear el simbolismo: el cabo hará de Crucificado y su pelotón de grupo de apóstoles, aunque el único contenido espiritual visible de su asociación sea un genérico pacifismo y aunque el silencioso cabo no realice más que un curioso sistema financiero de préstamos a los soldados del regimiento, con caracteres de lotería por las probabilidades que tienen todos de morir y con ello saldar su deuda. El amotinamiento da lugar a una inesperada pausa en toda la actividad bélica del frente, y un general alemán se reúne con sus colegas enemigos para hablar... Pero no sigamos en el intento de dar el "argumento" de *A Fable*: desde fuera, tendría caracteres de manicomio si le quitásemos su íntima justificación dada—cuando está dada—por el vigor mismo de la narración.

De cuando en cuando hay alguna circunstancia que refuerza la línea de simbolismo, casi en forma deliberada y artificiosa: aparecerán las "tres Marías", aunque, para dar un solo rasgo de la lejanía a todo alegorismo literal, diremos que una de ellas aparece como mujer del cabo y ex prostituta de Marsella. Habrá—alterando la línea evangélica de sucesión—tentación en el monte (el tentador es el general en jefe, que resulta ser padre natural del cabo) y—siempre dentro de la sucesión de los días de la semana, que sirven de divisoria a los capítulos del libro—el cabo será condenado a muerte entre dos ladrones y fusilado el "viernes". Su cuerpo, recogido por los familiares, será enterrado en un huerto y luego desenterrado por los obuses, para ir a parar azarosamente—en una de las mejores escenas del libro—al ataúd de otro soldado recogido entre las víctimas de un fuerte. Finalmente resulta—y aquí la innecesaria trivialización a que aludíamos antes—que este cadáver estaba destinado a quedar como "soldado desconocido" bajo el Arco de la Estrella de París, donde termina el libro con una escena de

honores militares, turbada por un mutilado que protesta contra la guerra. En contrapunto con esta línea de peripecia, el lector debe contar con varias líneas más de acción personal llevadas por otros personajes, principalmente por dos soldados: el "enlace" y el joven piloto, cuya especial sugestión tiene probablemente una base autobiográfica. Y, naturalmente, cien mil imprevistos surgen para desconcertar, emocinar u oscurecer al paciente lector. La primera idea de un simbolismo cristiano, después de poner en marcha la fantasía de Faulkner, ha quedado casi desplazada, y a veces contradicha por la tendencia característica del escritor a sumergirse ciegamente en la entrega a la realidad de los meandros de la acción. En otro lugar (1) hemos analizado lo típico del efecto de Faulkner sobre el lector como una hipnótica entrega a los hechos y objetos, con sólo ocasionales ráfagas de pensamiento que no explica nada, sino que sólo glosan y lirifican la presencia ciega de esas realidades. Esta tendencia es difícil de armonizar con un proyecto de narración construída en forma de "fábula", de "leyenda"; es decir, de manera que rebase el carácter individual e inmediato de la novela habitual, para adquirir un cierto modo de universalidad casi simbólica, como el de algunas parábolas. Y la dificultad se centuplica por radicar ese carácter de "leyenda" nada menos que en la historia evangélica de la Crucifixión: una falsilla demasiado poderosa para admitir traslaciones y reencarnaciones literarias. El libro de Faulkner, cuya realización tipográfica posee ese pulcro virtuosismo de proporciones a que nos van acostumbrando los *graphic architects* americanos, está todo él decorado con pequeñas cruces, solas o de tres en tres, marcando las divisiones del texto. Pero la cruz es cosa peligrosa, casi imposible para un novelista, sobre todo si no es para acercarse a ella directamente, al hilo de los Evangelios.

Se comprende, aun sólo por lo dicho, que *A Fable* no podía evitar ser un fracaso. Y Faulkner mismo lo sabría, pero ello no ha detenido su olímpica y genial indiferencia: le interesaría más este hermoso fracaso que las relativas conciliaciones de sus obras anteriores, donde los desequilibrios se contrapesan por la emoción de la lectura. (Sólo hay "redondez" formal en alguna novela corta faulkneriana, como el inolvidable *Old Man* de la inundación del Mississippí.)

Al confesar, por nuestra parte, que los trozos logrados en *A Fable* son precisamente los trozos de "viejo estilo", parecemos dar una sombría previsión para el futuro de la labor de Faulkner; pero

(1) "La nueva objetividad del arte (en Rilke, Faulkner, Picasso, Le Corbusier y L. Armstrong)", en *Arbor*. Noviembre, 1954.

preferiríamos en todo caso nuevos fallos a un regreso a los modos ya realizados (también tocados, como decíamos, de otra peculiar inestabilidad). Es más, la confianza en que Faulkner no volverá atrás y, mal o bien, seguirá adentrándose en caminos de renovación, nos mantiene ilusionados e intrigados, dispuestos a precipitarnos a la librería ante la noticia de un nuevo libro suyo.

Nuestro interés crece si consideramos *A Fable* en el horizonte actual de la literatura en el mundo, donde ya era hora que alguien diera un paso decidido al frente, aunque fuera errando, para la conquista de otros filones novelísticos. Al lado del éxito que, sobre todo en 1954, ha ensalzado a un novelista limitado, aunque auténtico, como Hemingway, la empresa faulkneriana acentúa su carácter de exploración y sacrificio. Ahora, con *A Fable,* vemos mejor que nunca el cierre de todo un período novelístico y la exigencia de otro nuevo: el propio Faulkner, hasta ahora, había utilizado restos y formas del ciclo anterior como pretextos argumentales para muchas de sus novelas. Ahora, en cambio, se enfrenta en soledad con lo desconocido. No sabemos exactamente cómo puede ser la novela que ha de venir. Hace poco, José María Castellet señalaba en *Correo Literario* la tendencia hacia una síntesis de realismo e idealismo en la novela, y, en efecto, esta idea puede servir de base para un diagnóstico y pronóstico. Es evidente que no se van a abandonar las conquistas del "realismo", sobre todo del realismo en la forma poética que hoy es de curso legal; la cuestión estaría en ver el sentido del "idealismo". Un camino de idealización—señalado también por Castellet—sería la novela de evasión de Truman Capote, pero a mí me parece que se trata de una falsa evasión infantilizadora, de carácter sofisticado y narcisista. Por otra parte, estas evasiones novelísticas hacia la infancia suelen tener un carácter de obra única (pienso, como ejemplos inolvidables, en *Fermina Márquez,* de Valéry-Larbaud, o en *Le grand Meaulnes;* mejor dicho, en la primera mitad de la obra mágica de Fournier). El camino auténtico, a mi juicio, lo señalaría confusamente Faulkner con *A Fable,* el único camino de ilusión y sorpresa que nos queda a los tristes y pacientes aficionados a la novela. Lo demás, son mundos cerrados y consabidos, susceptibles aún de completamientos o de nuevas variaciones sobre viejos temas, pero sin capacidad de impacientarnos por la compra de un nuevo título; ni las pequeñas obscenidades de Moravia, ni las jovialidades, a la larga tan cansadas, de Joyce Cary, ni el venerable mundo de la novela francesa, desapareciendo suavemente en una confortable jubilación, pueden acelerar nuestro pulso ante un escaparate. Graham Greene, el "catedrá-

tico de la asignatura" en la máxima cátedra, la inglesa, pasa años de difícil silencio, rotos por una lamentable novelita corta, *Gana el que pierde.*

Lo que querríamos todos es que empezasen a salir novelas que, sin perder la riqueza de realidad que se ha aprendido a conquistar, tuviesen también un mayor sentido inventivo y fabulador, casi diríamos simbólico, sin caer en la alegoría, que vigorizara el interés de la peripecia y que permitiese a los personajes "hacer" y "sufrir", además de ser; una novela más poética, pero no en el sentido usual de sensibilidad lírica, sino de creación total de leyendas (y quizá el título de la obra de Faulkner, *A Fable,* "una fábula" o "una leyenda" revele ya su intensión—y su parte de fracaso—: no se debería emplear como título lo que debería valer como subtítulo, como clasificación). Querríamos todos, en una palabra, no haber perdido completamente la novelística de *La isla del tesoro* si hemos de vivir en las consecuencias de Joyce y de Proust. Pero tampoco basta con una mezcla de ambas instancias, como hasta cierto punto es el caso de Greene: tendría que nacer una novela que valiera como otra creación, no como síntesis. ¿Nacerá tras esta enmarañada profecía faulkneriana? Las cosas no brotan cuando les llega el turno histórico, sino cuando Dios quiere.

JOSÉ MARÍA VALVERDE

EL IDEAL CONSERVADOR

Un síntoma consolador en estos tiempos de disolución general y de creciente amenaza materialista lo constituye sin duda la reacción conservadora que se está produciendo en los EE. UU., donde actualmente el término "conservador" es sinónimo de orden, rectitud y sano patriotismo, mientras que, por el otro lado, la denominación de "liberal" es equivalente a izquierdista rusófilo y contrario a las genuinas tradiciones del pueblo americano.

Dada la evolución de los tiempos y las grandes conmociones producidas por la guerra y sus consecuencias, a estas alturas en los EE. UU. los términos "conservador" o "liberal" no tienen exactamente la misma significación política que representaban a principios del siglo pasado, sino que expresan algo más profundo y serio. Como ya no se trata de clasificaciones políticas ni de parti-

dismos, de ahí que actualmente los elementos llamados "conservadores" en los EE. UU. se encuentran entre los fieles de todas las religiones (católicos, protestantes y judíos), así como entre los miembros de los dos partidos tradicionales.

No obstante que culturalmente todavía en los EE. UU. siguen predominando en las Universidades y centros académicos las tendencias racionalistas y positivistas, sin embargo, gracias a la labor de las Universidades católicas y la creciente publicación de libros de filosofía católica, debidos a los principales intelectuales católicos europeos, como Belloc, Dawson, Maritain, Gilson, Pieper, Riesman, Röpke, Von Mises, etc., etc., gradualmente se va produciendo un cambio en la antigua mentalidad liberal racionalista del siglo pasado.

Mientras que del lado católico las enseñanzas pontificias, las instrucciones pastorales de los obispos, la labor de los periodistas católicos y las publicaciones de autores cristianos han contribuído enormemente al cambio que se está operando en los EE. UU., por otra parte también autores protestantes han venido a confirmar por distintos caminos lo que ya desde finales del siglo XVIII autores católicos, como el conde José de Maistre, Luis de Bonald y el padre Ramière, S. J., previeron en los fatales principios de la Revolución.

Entre las publicaciones del año que acaba de terminar, la mayor parte de los críticos bibliográficos han estado de acuerdo en señalar como el "libro del año" a la importante obra del profesor de Historia en la Universidad de Michigan, Russell Kirk, sobre el *Programa conservador*, que es una continuación del mismo tema desarrollado en su obra anterior: *El pensamiento conservador*, que también obtuvo gran resonancia bibliográfica.

Completamente al margen de las disputas políticas de carácter partidista, las dos obras de Russell Kirk más bien constituyen un profundo estudio sobre la crisis del mundo moderno. Mientras que en el primer tomo—*The conservative mind*—sigue más o menos la trayectoria del gran estadista irlandés Edmundo Burke, que salvó a Inglaterra de la nefasta influencia de la Revolución Francesa, en esta segunda obra sobre el *Programa conservador (A program for conservatives)*, Russell Kirk estudia el desarrollo de las ideas y filosofía racionalistas, con sus funestísimas consecuencias en todos los órdenes de la vida.

Leyendo detenidamente esta obra de Russell Kirk, que procede de unos emigrantes puritanos venidos de Irlanda y establecidos en Massachusetts, resulta extraordinariamente interesante comprobar cómo todas las consecuencias que examina nuestro autor y la crí-

tica certera que hace de la concepción racionalista del mundo vienen a coincidir plenamente con todo lo manifestado por los principales autores de la escuela tradicionalista, principalmente española, como Donoso Cortés, Aparisi y Guijarro, Balmes, Menéndez y Pelayo, Vázquez de Mella, Pradera, Pemán, etc.

Sin que Russell Kirk conozca a ninguno de estos autores españoles, estamos completamente seguros que aprobaría en más de un 90 por 100 las tesis de los referidos autores.

Todo cuanto un servidor ha venido sosteniendo contra viento y marea en mis artículos periodísticos en el ambiente izquierdista y heterodoxo de la República de El Salvador, donde nadie del lado católico ha tenido el valor de combatir enérgicamente a las fuerzas triunfantes de la revolución atea, lo he encontrado plenamente confirmado en la interesantísima obra de Russell Kirk. Ya sea que Kirk analice la funesta filosofía pragmatista de John Dewey, el patriarca de la educación positivista yanqui; o se refiera a la anarquía espiritual de importantes sectores de la juventud yanqui, a la falta de sentido jerárquico y aristocrático producido por el igualitarismo democrático; o bien estudie las tendencias radicales y socialistas en el campo social y económico; o, por último, se refiera también al valor de la tradición y su menosprecio por los "liberales", que prepararon el camino y siguen siendo los cómplices de la infiltración comunista; en cualquiera de estos aspectos, el referido autor está plenamente de acuerdo con todo lo que los Romanos Pontífices vienen proclamando desde hace más de un siglo. Desgraciadamente, el mundo moderno, enloquecido por las falacias del liberalismo, ciego por el desarrollo inaudito e irrefrenado de todos los apetitos y concupiscencias, se ha dejado arrastrar fatalmente por todas las demagogias y tendencias anticristianas; pero esta carrera loca ha conducido al mundo al caos de nuestros días, donde no se vislumbra otra solución que la tercera guerra mundial, con bombas atómicas, de hidrógeno y cobalto, cuyo poder destructivo sobrepasa toda idea.

Si en el orden internacional tenemos la perspectiva espantosa de la tercera guerra mundial, en el orden interior de las principales naciones de Europa y América lo que vemos es la insustancialidad, la frivolidad y el culto pagano al dinero y a la sensualidad más sobreexcitante.

El olvido de la tradición, el menosprecio de la Historia, la despreocupación religiosa, la falta de sentido serio de la vida con su estricto sentido de responsabilidad moral; todo esto es lo que engendra el comunismo, que no podrá jamás ser vencido a base de

la conocida fórmula liberal de "cocina y despensa" o de "pan y circo". El problema del comunismo no es un problema estrictamente económico como piensan los liberales yanquis, quienes creen que con dólares y maquinaria para los pueblos "subdesarrollados" está todo resuelto. Russell Kirk, al referirse a esta política desarrollada por el Presidente Truman, conocida bajo el "Plan Marshall" y el "Punto cuarto", se manifiesta sumamente indignado por esta desconsideración de la dignidad humana, que sólo ve el problema estomacal.

Criticando el concepto materialista y frívolo del llamado *American way of life*, Kirk protesta enérgicamente contra la política opresora del espíritu realizada por las autoridades yanquis en Alemania y Japón, donde so pretexto de "reeducación" y "desnazificación" se quiso imponer el concepto americano de la vida a esos países que tienen una tradición cultural y espiritual valiosa, que no necesitaban la "ayuda" de los pedagogos yanquis de formación deweyista... Lo cuerdo, lo prudente, hubiera sido—dice Kirk—estimular a los sectores sanos de esos países, para que ellos mismos se encargaran de rectificar los errores pasados y dejarlos seguir su tradicional camino de vida.

Este mismo error o manía racionalista de querer imponer a todo el mundo el *American way of life* es el mismo que cometió Wilson cuando metió a los EE. UU. en la primera guerra mundial para "establecer la democracia en el mundo".

Los resultados de estas pretensiones no han podido ser más fatales para los mismos EE. UU., y con ello se han echado más adiosidades que ganado amistades, dice también Kirk.

Censurando siempre la temática del racionalismo liberal, Kirk ataca también ese engendro monstruoso de las Naciones Unidas, lleno de falsedades, contradicciones e hipocresías. De seguir prevaleciendo esa tendencia hacia el "Gobierno mundial" por las Naciones Unidas, la Constitución de los EE. UU. y su *Bill of rights* están gravemente amenazados.

Como todos estos aspectos no son sino consecuencias de una misma raíz, Kirk, a través de todo su libro, insiste en señalar que la causa del mal es de orden espiritual y no económico.

Si la causa del mal es espiritual, Kirk, siguiendo a Burke, dice que es necesario volver al concepto tradicional y aristocrático de la sociedad. La práctica de "la gracia no comprada" no podrá sobrevivir si este principio es suprimido; por ello, este principio tiene que ser alimentado en cada generación por los hombres y mujeres que tienen riqueza, poder y eminencia. En cuanto este sentimiento

complejo de la tradición que llamamos "la gracia no comprada de la vida" mantenga su atracción para los dirigentes de la sociedad, "estaremos salvos juntamente", como decía Burke al duque de Bedford.

Pero si estas ideas de deber, honor, rectitud y belleza son consideradas como "ridículas, absurdas y anticuadas" por hombres que hacen nuestras leyes y establecen nuestros programas escolares, entonces el cemento de la sociedad empieza a crujir, y todo soporte de existencia está amenazado.

"Cuando la Naturaleza es desobedecida y surge la rebelión contra el mundo de la razón, del orden, de la paz, de la virtud y de la penitencia fructuosa—dice Burke—, se desemboca en el antagonismo del mundo del mal con la discordia, el vicio, la confusión y pena inconsolables...

"Entre las causas del desorden que ha sobrevenido en el mundo moderno, yo creo—prosigue Kirk—que el general desprecio por la completa idea de la gracia no comprada de la vida ha sido una de las principales. El espíritu moderno ha despreciado todas estas distinciones entre hombre y hombre que implica el concepto de "ORDEN", y así se ha privado a sí mismo de la dirección social inspirada en la sensibilidad de este principio y puesto sobre sí mismo la astucia o la fuerza. El espíritu moderno ha olvidado que existe una gracia no comprada más valiosa que cualquier grado de engrandecimiento material, y así ha negado también las exigencias de la verdadera cultura y se ha condenado a sí mismo a la ignorancia, y esta ignorancia o barbarie amenaza destruir la imaginación especulativa que inspira toda alta civilización. El espíritu moderno ha puesto todo su empeño en dejar a un lado a aquellas clases y educación que conocían el sentido de la justicia, y así está amenazado por un poder de fraude y violencia que no puede ser detenido por una política de fuerza. El espíritu moderno ha hecho de la utilidad la base de su política, y así ha quedado indefenso contra el interés propio del fiero egoísmo y del duro peso de los intereses creados. El espíritu moderno no ha querido comprender la admonición de Burke, que, para amar a nuestra patria, la patria merece ser amada; y así nos ha sometido a la más odiosa ola de deformación arquitectónica y de desquiciamiento artístico que jamás civilización alguna haya visto. El espíritu moderno ha concebido al hombre como una mosca de verano, y así le ha privado de la sabiduría de nuestros antepasados y dejado huérfana la porción de nuestra posteridad."

Muchísimos otros aspectos sobre el grave desquiciamiento moral

de nuestro tiempo son señalados por este autor con magistral patetismo, sin dejar de mencionar el triste espectáculo de la actual juventud yanqui, desorientada por los malos ejemplos de los hogares rotos, la pésima orientación cultural positivista y materialista predominante en la mayoría de las Universidades y colegios laicos, cuyos frutos los tenemos en el auge de la delincuencia juvenil de ambos sexos, y que día a día va tomando caracteres alarmantes.

Finalmente, no quiero terminar sin recordar otro aspecto muy importante en la crisis de nuestro tiempo. Kirk condena con severidad y energía la tendencia desenfrenada hacia la riqueza, el dinero y el lujo. El liberalismo—dice Kirk—ha fomentado la idea de un exagerado bienestar material y ha despreciado las virtudes evangélicas de la pobreza y el desprendimiento. Este espíritu moderno de buscar desenfrenadamente la abundancia de bienes materiales y rechazar la pobreza es el que ha engendrado la rebelión de las masas proletarias, que amenazan sumergirnos en una vasta esclavitud.

RICARDO FUENTES CASTELLANOS

UN LIBRO SOBRE PINTURA MODERNA

La *Historia de la pintura moderna,* de Sheldon Cheney, viene a llenar entre nosotros un vacío que se hacía notar de un modo insistente, al ofrecernos una historia viva de las corrientes de la pintura moderna.

En un momento en que la nueva estética ha llegado por multitud de caminos a una perfecta madurez expresiva, existen todavía obstinados que no quieren reconocerla. Para todos éstos, la *Historia de la pintura moderna,* de Sheldon Cheney, será una luminosa revelación. Y para quienes aman el arte moderno, el esfuerzo de Cheney representa la serena comprobación de una de las más apasionantes aventuras que a la Humanidad le ha tocado vivir: la aventura del arte de nuestro tiempo, avanzando a pesar de críticas y de obstinaciones hacia las cumbres de individualizada expresividad que el nuevo arte nos ofrece.

Nadie mejor que Sheldon Cheney podía ofrecernos esta visión exhaustiva y rigurosa que él nos ofrece, ya que este autor cuenta entre quienes han estado más preocupados en todo momento por el

arte de nuestros días, siendo uno de los mejores conocedores que nos ofrece Norteamérica.

En dos anteriores libros suyos había estudiado, desde un punto de vista estrictamente teórico, los elementos del arte moderno. Tanto en el primero de ellos—*A Primer of Modern Art*—como en el siguiente—*Expressionism in Art*—se enfrentaba Cheney con la raíz interior de la moderna obra de arte, buscaba la esencia de su creación. En la *Historia de la pintura moderna* se detiene Cheney, en cambio, en la consideración de la vida y obra de los nuevos creadores. Cheney, en el prólogo a su obra, expresa que con esta visión histórica ha querido lograr el respeto de los futuros lectores hacia los creadores del arte hodierno, poniendo al alcance de todos el esfuerzo gigantesco de quienes han luchado por formas inéditas de expresión y pensando especialmente en quienes se resisten a admitir la autenticidad de nuevos caminos en el arte: "La única manera de establecer contacto con estas personas (las ciegas a la forma) me pareció ser el volver atrás y hacerles ver cómo los artistas que crearon el arte moderno llegaron a abandonar el arte antiguo; referir biográfica y cronológicamente la historia del arte moderno, llevando al lector, por así decirlo, a lo largo de la vida de cada uno de los grandes revolucionarios, hasta llegar, finalmente, con cada uno de ellos al descubrimiento de los valores que existen más allá de los realistas, sentimentales y literarios. El lector aferrado al realismo podría quizá seguir rechazando las llameantes telas de Van Gogh por exageradas y anarquistas; pero después de leer la historia que Van Gogh hizo de todos los demás bienes de la vida en aras de la calidad formal, se vería obligado a admitir que en arte existe una propiedad que rebasa a las previamente conocidas por él. De ese modo se abre el camino al reconocimiento de toda la serie de componentes formales y místicos aportados por los artistas modernos."

La eficacia práctica que Cheney alcanza en su obra nos da la medida del amor con que fué escrita. De este modo puede ofrecernos, a través de un itinerario constantemente vivo, una perfecta vía de accesión a los principios estéticos del arte nuevo, porque de la consideración aislada de la pintura como forma de expresión podemos sacar principios válidos para la historia del arte en general. Es revelador que el título de la edición norteamericana de este libro fuese *A Story of Modern Art*, traducido entre nosotros, con el consentimiento del autor, como *Historia de la pintura moderna*, ya que él reconoce haberse limitado al estudio de la pintura por verla como avanzadilla del arte y centinela de los modos modernos

de expresión: "Al descubrir, cuando intenté incluir en mi plan lo relativo a la escultura moderna, que en ella las ideas y las innovaciones ocurrían invariablemente después que hubieron surgido las correspondientes en el orden de la pintura; al descubrir, en una palabra, que la historia de la pintura es la originaria historia creadora, decidí limitar mi exposición, redactándola únicamente en función de las vidas y obras de los pintores."

Se ha atendido en la obra de Cheney a una clasificación que no fuese puramente cronológica, sino, como ve el traductor J. Petit, estética, lo que le permite una máxima área de estudio, dentro de la cual caben, al lado de los maestros rigurosamente actuales, quienes, como Goya y David, fueron los iniciadores de un movimiento de liberación de formas caducas, entrando, por tanto, por derecho propio en la actitud renovadora de la nueva estética. Apunta también Petit la máxima posibilidad de objetivación presente en un autor que ha podido asistir al transcurso del arte europeo con la perspectiva de su permanencia en Norteamérica. Su condición nos presta, además, una lúcida visión del arte americano en el capítulo que el autor titula "Vida nueva en las Américas". En él se estudia conscientemente el movimiento pictórico mejicano, tan rico en sus manifestaciones contemporáneas, y se centra en Portinari el esfuerzo de los países sudamericanos, así como se emprende una completa visión del arte estadounidense con su pléyade de interesantes artistas, poco conocidos entre nosotros, que alcanza su mayoría de edad de la mano de un revolucionario programa de ayuda a los artistas, que Estados Unidos emprende en el año 1935.

Pero Cheney estudia con la misma detención todo el arte europeo, aunque se detiene de manera especial en todo lo referente a Francia, país en el que, "como resultado del cruce de las influencias inglesa, francesa y española, había de nacer la pintura contemporánea" (pág. 44).

El esfuerzo editorial de Seix y Barral al ofrecernos una historia de la pintura moderna se ha de agradecer tanto más cuanto que la profusión documental incluída en la obra de Cheney facilita extraordinariamente la lección que podemos entresacar del trabajo del crítico norteamericano. La traducción de J. Petit es cuidada y bella, permitiéndonos conocer una de las obras más representativas de quien cuenta entre los mejores críticos de arte y de teatro en Norteamérica.

J. F.

PANAMA, 1955

Más de una vez nos hemos ocupado en estos comentarios del renglón de sucesos, realidades y problemas que suscita la extendida geografía de los seis países centroamericanos, llamada por algunos los "Balcanes de América". El paralelo con la turbulenta península del sureste europeo se trata de justificar con la inestabilidad política, que hizo en tiempos no lejanos cavilar preocupadamente a los dirigentes de la política europea.

Aceptamos la frase en cuanto el origen y los efectos. Los efectos son bien conocidos, y ahí están últimamente los nombres de Guatemala, Costa Rica, Panamá, Nicaragua o Belice, con los que tanto las postrimetrías de 1954 como la iniciación del presente año han ocupado ediciones y telegramas convulsos, con noticia de conflictos armados, conspiraciones, atentados, revoluciones más o menos manifiestas e incluso un magnicidio.

Terminó 1954 con el triste legado de una estéril Conferencia Económica de los países de América, celebrada en Río de Janeiro, y cuyas conclusiones expresan, corregidas y aumentadas, las desesperanzadoras perspectivas que preveíamos en anterior artículo, dedicado precisamente al estudio de dicha Conferencia. Y apenas pasadas unas horas de 1955, las agencias informativas divulgaban la nueva asombrosa de que el Presidente de la República de Panamá, don José Antonio Remón, había sido asesinado precisamente al cumplirse el XXIV aniversario de la revolución del 2 de enero de 1931.

Los corresponsales enviaban sendas biografías del "hombre fuerte" de la joven República centroamericana, con el documento de que tanto el país como el Presidente coincidían aproximadamente en edad (Panamá, cincuenta y un años; Remón, cuarenta y seis). Nuevamente volvíamos a evocar la figura de este hombre público asombroso nacido hace cuarenta y seis años en la capital panameña en el seno de una familia honorable y de escasos recursos. Cuando el ministro de Méjico en la ciudad del Canal se interesaba por el joven Remón y le enviaba con una beca a cursar estudios militares en la capital azteca, poco podía pensar en que daba el primer paso para la creación de la máxima figura del Panamá de nuestros días. Hay una anécdota que refleja claramente la psicología agradecida y generosa del Presidente desaparecido. Cuando pasados muchos años, ya prohombre político, llega a Méjico en

visita oficial, busca a la dueña de la pensión en donde vivió sus días de estudios y de estrechez económica; la encuentra pobre y desamparada, y le reinstala su antiguo negocio, correspondiendo liberalmente a la ayuda recibida en otro tiempo.

Al volver de Méjico, terminados sus estudios de oficial, ingresa en la Policía, única fuerza armada del país, y por sus maravillosas dotes de mando, por su energía, por el don innato de los auténticos hombres de gobierno, alcanza en poco tiempo el terrible y espinoso puesto de clave política de su país. Cuatro Presidentes llegan y se retiran del Poder sucesivamente bajo la supervisión de José Antonio Remón: Daniel Chanis, Roberto F. Chiari, Arnulfo Arias y Alcibíades Arosemena, el actual embajador de Panamá en Madrid. Por último, en el año 1952, ante la crítica situación interior y la imperiosa necesidad de llegar a una revisión de los viejos acuerdos de explotación del Canal de Panamá, se presenta como candidato a la Presidencia. El triunfo electoral es arrollador.

Hasta este momento, la prensa de todo el continente le ha aludido siempre con notoria simpatía. Los recursos extraordinarios que hubo de utilizar para derribar al ex Presidente Arnulfo Arias, defensor acérrimo de la bandera nacionalista frente a Estados Unidos, ponen un interrogante en los labios de muchos. Es fácil imaginarse que, en vez de una figura auténticamente panameña, pueda temerse la aparición de un instrumento al servicio de intereses extranacionales. Sin embargo, escasos meses de actuación decidida y vigorosa realizan el difícil milagro de que Panamá se encuentre definido en sus necesidades internas, en sus relaciones exteriores, por el Presidente, José Antonio Remón.

Pone fuera de la ley al partido comunista. Realiza los contactos previos con Wáshington para llegar a la revisión del oneroso Tratado de utilización del Canal de Panamá. Sienta las premisas necesarias para una elevación del nivel social de su pueblo. Y cuando llega en visita oficial a los Estados Unidos, los dirigentes de la política yanqui se encuentran con el milagro desconocido: ha nacido una gran figura política en Centroamérica.

En esta visita le acompaña su bella esposa, doña Cecilia Pinell, la ilustre dama que sabe encarnar durante la Reunión Interamericana de Caracas las esencias más puras del folklore de su país, para después, desde su escaño en la Comisión panameña asistente a dicha Conferencia, realizar una eficaz labor política y social. Cuando su esposo cae bajo las balas de Rubén Miró, ella se encuentra en Florida. Momento dramático al llegar el avión a Panamá y encontrarse, esperándola, al nuevo Presidente, José Ramón Guizado,

quien le expresa su condolencia, pocas horas antes que la Policía le acuse como cómplice en el magnicidio.

No nos detendremos en el triste episodio de la muerte del Presidente panameño. Es bien conocida en todas sus etapas: estupefacción de los primeros momentos, acusaciones contra Arnulfo Arias, imputación al extremismo y al capitalismo exterior. Pero tanto el representante panameño en las Naciones Unidas como el ex Presidente Arosemena acertaban desde el primer momento al ver en el asesinato una acción privada. Pertenece al mejor reportaje amarillo el descubrimiento del complot tramado por Rubén Miró, Rodolfo Saint Malo y Tomás Nieves, y en el que, según las informaciones, participa el propio Guizado, quien promete la cartera de Justicia a Rubén Miró; así como la procedencia del arma utilizada, que iba a suministrar el dato descubridor.

Después de morir, el Presidente Remón ha ganado su mayor batalla. Como los mejores generales. La revisión y firma de un nuevo Tratado con Estados Unidos para la utilización del Canal de Panamá. Es bien conocida la historia que hace nacer este servicio. La sustitución del ferrocarril inicial por la vía marítima traslada la contribución de aquel ferrocarril en concepto de canon por la utilización de la nueva vía de tránsito. En 1903, al separarse Panamá de Colombia, se firma el Tratado Hay-Bunau-Varilla, con garantía de independencia de Panamá, suscrita por Estados Unidos, y que se modifica en 1936 por el Tratado Hull-Alfaro, ratificado en 1939, con el que se elimina la cláusula aludida y se fija una renta de 430.000 dólares anuales por la utilización del Canal de Panamá.

En el nuevo Tratado de 1955, que entrará en vigor al ser ratificado por las dos naciones, el canon a pagar por Estados Unidos se eleva a 1.930.000 dólares como principal cláusula económica. Pero es de gran interés enunciar sus puntos sustantivos, que expresan bien claramente la preocupación nacional y social sustentada por el Presidente asesinado:

Panamá realiza importantes concesiones en favor de Estados Unidos, otorgando el uso durante quince años de una zona en la provincia de Coclé destinada a maniobras militares, zona situada a unos cien kilómetros de la capital panameña y que anteriormente había sido solicitada sin resultado por Wáshington para crear una base aérea; se reducen notablemente las tarifas sobre licores destinados a la zona del Canal, abonándose en lo sucesivo veinticinco centavos; también establece un contrato de larga duración para el uso de propiedades inmediatas a la Embajada yanqui, res-

tringiéndose el tráfico en una proyectada carretera militar, que atravesaría los 200 kilómetros que separan la base militar de Coclé (río Hato) de Aguadulce.

Estados Unidos, por su parte, además de casi quintuplicar la cuota anual, aceptan que Panamá grave con impuestos a los empleados de la zona del Canal, con excepción exclusiva de los súbditos yanquis que residan en este país; se devuelven a Panamá tierras valoradas en cerca de 30.000.000 de dólares, adquiridas por Wáshington para canalizarlas, y en las que existen las importantes instalaciones de Punta Paitilla, varios talleres de reparación de ferrocarriles y el fuerte de Lesseps; los empleados residentes fuera de la zona del Canal pierden, a partir del 31 de diciembre de 1956, el derecho de libre importación, con todos los privilegios de comprar en el Comisariado de la zona (es curioso notar que esta decisión ha sido adoptada en favor de los comerciantes panameños); se anula el Tratado que concedía monopolio a Estados Unidos para la construcción de comunicaciones a través del Istmo; se anula la diferencia de trato económico entre empleados yanquis y panameños, estableciéndose una sola escala de retribuciones y derechos de jubilación, etc. Otras importantes cláusulas limitan notablemente, en fin, los privilegios de Estados Unidos en cuanto a oportunidades de trabajo, compra de productos "americanos", construcción de un puente colgante y aprovisionamiento de buques, así como en lo relativo a la venta de productos y mercancías importadas.

Esta es la herencia que recibe Panamá del Presidente desaparecido, José Antonio Remón.

EUGENIO CARZO

EL DOCTOR

Si hacemos un interrogatorio entre los estudiantes alemanes o franceses para saber cuál es la figura humana que, aparte de aquellas dentro del campo de sus especialidades, les interesa a todos por igual, nos responderán, sin dudarlo, que *el Doctor*. *El Doctor* es Albert Schweitzer, premio Nobel de la Paz hace tres años. Ante esta respuesta no cabe la conformidad, sino una nueva pregunta: "¿Por qué?" La vida de Schweitzer, perfecta en un mundo donde se habla del "fracaso que es a la larga toda existencia humana",

consecuente en medio de una filosofía del absurdo, práctica entre teorías deshumanizadas, teórica y artística entre prácticas sin ideal que las justifique, ofrece suficientes incitaciones a la juventud. A pesar de todo no es por esto por lo que se habla de su persona, se comentan y se leen sus libros. La vida asombrosa *del Doctor,* que por muchas razones excelentes Europa admira, ha caído en manos de un instrumento de ésta: la propaganda, que se ha encargado de perfilar los rasgos de hombre superior, hasta hacer de él una especie de mito, de santón universal. Precisamente desde este rincón de la propaganda lo miran también los jóvenes; si hay algo más alejado de la mentalidad juvenil de hoy, si hay algo que le choca y apenas comprende, son esas figuras mitificadas, llámense Napoleón, Goethe, Wagner.

Nuestra juventud es una juventud crítica, con un sentido exagerado de la medida, que ama lo "infinitamente pequeño" y que le cuesta trabajo creer en sí misma. Schweitzer representa para ella quizá la última etapa de esta vieja época de mitos, en este caso nobilísimos, que admira por este ámbito de irrealidad resplandeciente, pero que a estas alturas le sería ya imposible imitar. Los jóvenes alemanes, por ejemplo, saben muy bien que la misma propaganda que jalea a los premios Nobel de la Paz prepara las guerras.

Pero sin duda que la simpática figura *del Doctor* merece que digamos algo de ella. El 14 de enero ha cumplido Albert Schweitzer ochenta años. Los escaparates de las librerías aparecen llenos de sus obras, presididas por su retrato, bajo el que se lee: "A Albert Schweitzer en sus ochenta años."

Los libros de Schweitzer son tan diversos como la misma historia de su vida. Después, varios volúmenes de escritos autobiográficos, donde nos narra sus años en Africa como fundador y director de un hospital, hasta los tomos de *Filosofía de la cultura;* al lado de éstos, libros como la *Mística del Apóstol San Pablo,* o ese otro extraordinario sobre *Juan Sebastián Bach.* La historia de sus libros es, pues, eco de la de su vida. Doctor en Filosofía, en Teología; conocido desde muy joven como gran organista, comienza a los treinta años, siendo ya profesor en la Universidad de Estrasburgo, los estudios de Medicina. "Cuando me presenté como estudiante al profesor Fehling, entonces decano de la Facultad de Medicina, me hubiera enviado de buena gana a su colega de Psiquiatría", nos cuenta en *Aus meinem Leben und Denken.* Siete años de Medicina, y, al concluir, su viaje a Lambarene, en el Africa ecuatorial. Allí ha permanecido más de veinticinco años, interrumpidos por algunos viajes a Europa como prisionero de guerra en la del 14,

o como concertista para adquirir fondos con los que costear su obra. Allí, por primera vez, en un viejo armónium, ha escuchado la selva atónita un preludio de Bach. "Yo había pensado—nos cuenta—que mi actividad en Africa significaría el fin de mi carrera artística... Una tarde, tocando a duras penas una fuga, se me ocurrió que precisamente podía aprovechar mis ratos libres para perfeccionar, profundizar y aprender de memoria composiciones de Bach, Widor, Frank, Max Reger."

Sus amistades aun antes de ser *el Doctor* estaban repartidas por todo el mundo; también en España las tuvo. En el año 1905 toca en Barcelona con el Orfeón Catalán. "Desde el primer encuentro con Luis Millet—nos dice—quedé cautivado por la profunda humanidad de este gran artista. A través de él conocí al famoso arquitecto Gaudí, que entonces estaba ocupado en la construcción de la iglesia de la Sagrada Familia. No podré jamás olvidar un día en que hablando con él, en el alpende al lado de la iglesia, del espíritu de su compatriota Raimundo Lulio, me dijo: *Esto no se puede explicar en alemán, en francés o en inglés; por eso te lo digo en catalán, y lo entenderás mejor aunque no comprendas el idioma.*"

Pero contar la vida de Schweitzer, tensa como la de un aventurero, sería demasiado largo. El seguirla a lo largo de su biografía produce el estupor de lo irreal, que brota de esta especie de superhombre paternal, que nos recuerda el de Nietzsche sólo en sus enorbes bigotes lacios.

EMILIO LLEDÓ

PROYECCION DE LA POLITICA ECONOMICA DEL BRASIL

Los cambios operados en el entramado gubernamental brasileño, tras la desaparición de Getulio Vargas, en agosto de 1954, se reflejaban en el nombramiento de un nuevo titular del Departamento de Hacienda, recaído en la persona de Eugenio Gudin, destacado economista, y en la formulación de una nueva política económica.

Y he aquí que el citado Gudin declaraba que los dos errores fundamentales del Gobierno anterior eran: el decreto sobre salario mínimo y el establecimiento de precios mínimos para el café; consignando que su política sería de desinflación por medio de la

restricción del crédito y la reducción de los gastos públicos. Y este Ministerio perfilaba su política económica y financiera en un discurso pronunciado a finales de agosto. El primer punto resaltado es una repudiación de cualquier pretensión a embarcar al Gobierno en nuevos planes. Por el contrario, el desequilibrio económico que sufre el país deriva de un exceso de programas en casi todos los campos, unido a un exceso de demandas en artículos y servicios, sostenido con un flujo de moneda suministrada por las "prensas", cuyo ritmo necesariamente ha de reducirse...

Pues bien: los proyectos del Gobierno han ido encaminados a limitar sus inversiones propias en las esferas del transporte (principalmente, los ferrocarriles) y la electricidad y a no dar su sostén a aquellos proyectos, aun los de naturaleza productiva, que requieran la expansión del crédito o medidas inflacionarias de cualquier especie. A la política monetaria se le da un carácter desinflacionario, pero sin que afecte a la producción adversamente.

Ahora bien: el profesor Gudin desenvolvía posteriormente sus directrices económico-financieras a un corresponsal del *New York Times.* Un ingrediente de ellas se concreta en el deseo del nuevo Gobierno brasileño de estimular las inversiones extranjeras y reducir en lo posible las "regulaciones" referentes a las finanzas y al comercio, considerándose que la entrada de capital foráneo reviste una importancia vital para la dilatación de la economía brasileña. Por más que, según se ha advertido, la reducción de las restricciones al comercio depende de la circunstancia de que sea detenido el proceso inflacionista.

Observemos también que el *Diario de Noticias* incluyó un plan de desinflación; si bien el periódico admite que es difícil llevar a cabo un programa de este tipo; con otra particularidad: reconocíase aquí que se requiere mucha disciplina y que se precisa mucho sacrificio por parte del pueblo para conseguir el coronamiento feliz de tal esfuerzo.

Parejamente, el 7 de septiembre, el Brasil celebró el 132 aniversario de su independencia. Y en esta fecha, en un discurso radiado a la nación, el Presidente apeló a la calma, a la unidad y a la continuidad de los esfuerzos del país. Siendo conveniente percatarse de que el Presidente brasileño advirtió cómo la excesiva expansión del crédito había sido una de las causas principales de la inflación, ya que no había sido acompañada por un incremento apropiado en la producción, haciendo hincapié en la reafirmación de una política de austeridad económica y de firme probidad en la administración de los fondos públicos.

Y la política económica del nuevo Gobierno se traducía en los asertos del doctor Clemente Mariani—profesor de Derecho en la Universidad de Bahía, presidente del Banco de Bahía, etc.—, presidente del Banco del Brasil desde el 7 de septiembre; en las medidas contra la inflación adoptadas por el Banco, y en los anuncios hechos por Gudin antes de partir el 19 de septiembre para Wáshington, a fin de acudir a la reunión anual del Fondo Monetario Internacional. (De pasada, señalaremos que Mariani comunicó en una entrevista con la prensa que el Banco del Brasil estaba suspendiendo todas las operaciones no justificadas por necesidades crediticias, legítimas, comerciales, industriales o agrícolas.) En la capital estadounidense, Gudin conversó con funcionarios del Departamento yanqui del Tesoro y del Departamento de Estado, con representantes del Federal Reserve Bank, del Banco Internacional para la Reconstrucción y del Fondo Monetario Internacional. Y en una conferencia de prensa, el ministro de Hacienda del Brasil consignó que la *política económica de su país consistía, en el presente, en un ataque* contra la inflación por todos los medios posibles, incluyendo la reducción del déficit presupuestario y de la extensión crediticia y la eliminación de la presión de la balanza de pagos. Idénticamente, sostuvo que serán suprimidos los obstáculos a la libre entrada del capital extranjero. Y sépase comprender lo que encierra también este hecho: su discurso ante el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Fondo Monetario Internacional, reunidos conjuntamente, fué un análisis de las inversiones de capital privado en los países subdesarrollados; en él se reconocía que tales países han de crear una atmósfera apropiada para las inversiones del exterior, combatiendo la inflación y el extremado nacionalismo... A principios de octubre reiteraba en Nueva York la existencia de las dos mayores enfermedades del Brasil: inflación y excesivo nacionalismo, declarando que era necesario eliminar el expediente burocrático, con el fin de facilitar las inversiones exteriores en Brasil, reducir los créditos para la industria de la edificación, cancelar las inversiones interiores inflacionarias y equilibrar el presupuesto.

Y la acción emprendida se lleva hasta el límite: la Presidencia del Brasil ha emitido una *directriz* para todos los Ministerios, prescribiendo normas a ser observadas en el futuro en el planeamiento y en la ejecución de las obras públicas. De manera que los proyectos han de ser pospuestos, excepto cuando la suspensión de los trabajos implique pérdidas reales o potenciales, excediendo al ahorro estimado. Y claramente se tiende a poner freno a la expansión del crédito bancario.

A fin de cuentas, la evidencia palpable es que el Presidente Café ha resaltado recientemente que, a pesar de todos los esfuerzos hechos para detener la inflación, no ha sido posible conseguir tal meta. (Obsérvese que el valor de los billetes en circulación a finales de octubre pasado era de 54.541 millones de *cruzeiros*, y en el 31 de diciembre de 1953, 47.002.)

Y para la reducción del déficit del presupuesto—unos 10.000 millones de *cruzeiros*—se acude, aparte de medidas de menor cuantía (como elevación de la eficiencia de las industrias nacionalizadas), al incremento de los impuestos. Y aunque en el impuesto de consumo—por ejemplo—los artículos de lujo han de sufrir los mayores gravámenes, no se anuncian aumentos para los artículos de primera necesidad, como los productos farmacéuticos y alimenticios.

No obstante, en opinión de algunos expertos de las finanzas públicas, para aumentar los ingresos federales no se requiere ir a la elevación de las cargas fiscales existentes o a la creación de nuevos impuestos; basta, a su juicio, con un mejoramiento de los métodos de recaudación. Habiéndose calculado que la Hacienda federal pierde, a causa de evasiones fiscales de distinto carácter, unos 8.000 millones de *cruzeiros* anuales. El fraude a las Aduanas ocupa singular significado. estimándose que unos 950.000 relojes suizos entraron de contrabando en el país en el curso de 1953, así como plumas estilográficas, "refrigeradores", radios, etc., derivación de las dificultades originadas por las extensas fronteras marítimas y terrestres y la inadecuada organización financiera. Desde luego, es dable registrar un aumento notorio en la recaudación de impuestos. Si seguimos la información aportada por la *Revista Bancaria*, los impuestos federales recaudados en 1953 se elevaron a 37.057 millones de *cruzeiros* (en 1944, 7.366 millones), lo que representa un incremento del 876 por 100 con relación a las cifras de 1939. Ahora bien: percíbase que tal auge se atribuye a tres factores: la expansión económica (acompañada de inflación), el sistema recaudatorio más eficiente y los impuestos más altos, proporcionalmente.

Ciertamente, ha de reconocerse lo que representan fallos como la llamada "crisis del café". Mas, por encima de todo, consignemos que, según las cifras publicadas por *Comércio Internacional*, revista mensual del Banco de Brasil, el valor de las importaciones en la primera mitad de 1954 se ha elevado a 14.095 millones de *cruzeiros*, contra 11.714 millones en el período correspondiente del año 1953. Por otro lado, las exportaciones en ese mismo tiempo se valoraban en 13.407 y 11.458 millones de *cruzeiros*. De manera que en el primer semestre de 1954 se ha dado una balanza adversa de

688 millones de *cruzeiros*, frente a una balanza adversa de 256 millones en los seis primeros meses de 1953. (En todo caso, mencionemos que, durante la estancia de Gudin en Norteamérica, Brasil obtenía un préstamo de 80 millones de dólares del Federal Reserve Bank, de Nueva York.)

El lector acertará a ver lo que implica este cúmulo de circunstancias. Por más que ha de conocerse, parejamente, que Brasil, *país del futuro*, no sólo se encara actualmente con problemas económicos de tipo material. Véase, como un testimonio, la certeza manifiesta de que la vida media del país no pasa de los cuarenta años, frente a otras naciones—así, Estados Unidos—en donde la expectativa vital llega muy bien a los sesenta y cinco años...

LEANDRO RUBIO GARCÍA

EXTRAÑO HOMENAJE

La proximidad de un aniversario proporciona, generalmente, ocasión fácil a muchos colaboradores "espontáneos" o habituales de la prensa para escribir su "artículo" sobre la vida de X o la obra de Z. En España, de un tiempo a esta parte, se prodigan, con generosidad desusada, los homenajes en sus más diversas formas: banquetes, premios en metálico, flores y condecoraciones. Como es lógico, en la mayoría de los casos la idea ha partido de un grupo incondicional de admiradores, más o menos interesado en la celebración del acto y con propósitos de muy varia especie. Proliferan los adjetivos laudatorios y, así, por un proceso normal, de tiempo en tiempo, se producen "corridas" en ese escalafón y quedan jubilados algunos de los que hasta unos días antes habían circulado sin dificultades. Hoy "bueno", por ejemplo, suena a poco.

El aniversario—máxime si el personaje ha muerto—suele traducirse en X pesetas repartidas entre una nómina de escritores con escasos cambios, en un monumento y en banquetes de menú variable, según las cantidades consignadas. (No será necesario recordar que tan fugaz conmemoración malogró, hace unos años, la edición nacional de las obras de un escritor.) Tal vez interesase más celebrar el nacimiento de un novelista publicando sus novelas o un estudio magistral sobre ellas. Nadie olvidará, por ejemplo, el libro

de Américo Castro—al margen las críticas apasionadas—sobre el pensamiento de Cervantes.

Tenemos a la vista un centenario: en 1856 nacía en Santander don Marcelino Menéndez Pelayo. Como es lógico, han aparecido ya artículos en la prensa diaria de los que acostumbran a madrugar en estos casos. Unos se conforman con que las cenizas de don Marcelino reposen en la catedral santanderina; otros—tal vez con más sentido práctico—piensan en convocatorias de trabajos sobre la empresa de Menéndez Pelayo y en la dotación de becas para facilitar estudios a españoles sin medios económicos o la salida al extranjero a licenciados y doctores. No hay que ser pesimistas: en la Junta nacional encargada de organizar el homenaje figuran nombres que garantizan el éxito a corto plazo.

Nadie ha puesto jamás en duda el valor extraordinario de la obra de don Marcelino. Situada en su tiempo, parece inconcebible que él solo pudiese realizarla; todavía en el nuestro, la admiración y la sorpresa ganan el ánimo del lector imparcial. Que don Marcelino se equivocó en algunos puntos concretos no extraña a nadie. En más de un caso, él mismo rectificó la equivocación o procuró, sin abdicar, corregir el apasionamiento—honrado, honroso—de los primeros años. No debe olvidarse que sus libros más discutidos crecieron en un clima de polémica. Y en la polémica resulta difícil siempre ahogar el sentimiento y escribir según el dato frío del fichero. Los incondicionales de don Marcelino—y son muchos—han de admitir la crítica limpia de la obra del maestro: nada pierde porque haya que rectificar datos o, en otras circunstancias, situar en terreno más exacto alguna opinión. 1956 puede dejar en limpio el legado de Menéndez Pelayo. (Véase G. Marañón: "Cartas, humanismo, transigencia". *A B C*, 1 de agosto de 1954.)

El tono de los artículos aparecidos hasta ahora es de general alabanza; se critican aspectos de la obra de don Marcelino inexactos a la luz de la investigación última. Si se ha aludido a la biografía íntima de Menéndez Pelayo—sin caer en lamentables sensiblerías—se ha procurado eliminar la anécdota maliciosa o el chisme de pésimo gusto. De ahí la extrañeza al leer, en un artículo de *A B C* ("Agonía y muerte de Menéndez Pelayo", 19-V-1954), la opinión de un gran novelista español sobre don Marcelino. Cada uno es muy libre—hasta cierto punto—de enjuiciar la vida del prójimo—el que no tenga culpa...—, pero hay un mínimo de pudor que aconseja evitar la nota desagradable y la voz desafinada en el coro. ¿Cómo *A B C*, que ha abierto sus columnas a Marañón, Cossío, *Azorín* para rendir homenaje al maestro, ha permitido que sus pá-

ginas queden manchadas de modo tan disculpable? (No habría sufrido mucho la calidad literaria de la entrevista de González Ruano (*Arriba*, 28 de marzo de 1954) si una discreta censura hubiese tachado varias línea del texto y omitido una pregunta.)

Convendría que al escribir sobre Menéndez Pelayo los colaboradores "espontáneos" o habituales de la prensa cuidasen sus palabras. Resulta incomprensible ese afán de sacar a la luz los pequeños o grandes vicios de nuestras figuras cuando pretendemos celebrar la importancia—en este caso extraordinaria—de su obra en relación con el panorama cultural español.

A. CARBALLO PICAZO

BIBLIOGRAFIA DE MENENDEZ PELAYO

Próximo el centenario del nacimiento de Menéndez Pelayo—Santander, 3 de noviembre de 1856—, España se prepara a celebrarlo con la mayor dignidad posible. Menéndez Pelayo alcanzó, en su tiempo, merecido éxito, y supo conquistar, entre el público, afecto, rara suerte para un científico español; en años posteriores, nuevos métodos y descubrimientos revelaron algunos fallos en la siempre admirable empresa del maestro, pero sin debilitar nunca las líneas fundamentales de su obra. Menéndez Pidal reconoce: "Siempre hemos de partir de su nombre al hablar de literatura." (*Estudios literarios*. Atenea, S. A. Madrid, 1920; pág. 257.) Pocos disienten de este criterio. Y aun en esos casos, se debe a motivos de naturaleza política o religiosa, ajenos al valor científico de don Marcelino. Es justo reconocer que motivos religiosos y políticos han contribuído eficazmente a difundir su obra fuera de los sectores especializados. Por todas estas razones, Menéndez Pelayo cuenta con copiosas notas bibliográficas: un estudio de las mismas iluminaría muchos aspectos de la vida española de los últimos ochenta años.

"He pedido yo, en ocasión solemne—escribe *Azorín*—("Una imagen". *A B C*, 1 de agosto de 1954), de viva voz, que se editara, para repartirlo a las bibliotecas del mundo entero, un cierto librito especial sobre Menéndez y Pelayo: compondríase de una bibliografía crítica de los libros de Menéndez y Pelayo y de los libros que sobre Menéndez y Pelayo se han escrito, juntamente con la iconografía del maestro y con los "paisajes" a él afectos. Todo

esto estampado bellamente, con arte, sin lujos." La necesidad de realizar parte de ese programa ha movido a Simón Díaz a reunir las fichas alusivas a la vida y obra de Menéndez Pelayo en una de las monografías de la serie publicadas, bajo su dirección, por el Instituto de Estudios Madrileños. Las ha ordenado en varios apartados: bibliografía, trabajos de conjunto, biografía y obra. En el capítulo de la biografía agrupa las referencias sobre nacimiento, padre, apellidos, infancia, poema *Don Alvaro de Aguilar*, actividades en la Academia, en la cátedra, en la Biblioteca Nacional y en el Ateneo, viajes, propuestas para el Premio Nobel, enfermedad y muerte, homenajes, iconografía y episodios fundamentales en su defensa de la religión católica. Añade también papeletas sobre los siguientes puntos: Enrique Menéndez Pelayo, descendientes de la familia, sus maestros (Laverde, Bergnes, Milá), sus amigos (Luanco, Cedrún, Pereda, Valera, *Clarín*, Galdós, Rubén Darío, Miguel Antonio Caro, Rufino José Cuervo, Carmelo de Echegaray, Maura, marqués de Cerralbo, Fernández Cabello, marquesa de Viluma y emperatriz Eugenia), discípulos (Bonilla y San Martín), la casa, la biblioteca.

En el capítulo obra agrupa Simón Díaz las papeletas de acuerdo con los siguientes aspectos: generalidades, elogios, paralelos con otras personalidades, ciencia, cultura, religión, filosofía, estética, literatura, historia, derecho, pedagogía, política. Las papeletas alcanzan el número de 564, buena prueba del interés suscitado siempre por Menéndez Pelayo. Conviene precisar que la monografía no incluye los estudios sobre las instituciones culturales colocadas bajo el patrocinio del maestro ni las poesías o artículos muy de circunstancias. Quedan al margen las referencias bibliográficas sobre las ediciones de las obras.

A. C. P.